

ciado que respiran, la humedad, el agua, copiosos y continuos sudores que los vacían, la falta del sol higiénico, llévalos instintivamente para equilibrar su economía, á comer mucho dulce y beber ansiosamente mucho alcohol.

Abusan de éste por desgracia y la monomanía del valor se les hace aguda. Rivalidades muy antiguas hay entre gente minera de un Estado á otro, y esa rivalidad, que es buena en cuanto al estímulo por la calidad del trabajo que hacen, trae aparejado un odio de masas que fácilmente se convierte en sangrientas riñas, tumultos y batallas campales. Les dicen los de Guanajuato á los de Zacatecas *patas de gallo* por los huaraches de tres agujeros, y los zacatecanos á los guanajuatenses *patas de cochinita*, *ciento pics*, amén de otros apodos no escribibles.

En la Negociación de El Muerto y Anexas había gente de Zacatecas y Guanajuato, que habíamos llevado; formaron luego un núcleo de adictos por cada parte, habiendo en realidad dos partidos en continua lucha.

Cuando empezaban las bravatas entre unos y otros y se preparaban aparatosamente con cuchillos, tranchetes, morunas y pistolas; cuando unidos después por causa común la emprendieron abiertamente contra los rancheros de Doña Gertrudis, burlándose de ellos por los porrazos recibidos y por las carreras de los caballos fugitivos en aquellos montes y arroyos; cuando se amontonaban á beber y *simbolizar*, buscando un pretexto fútil para la lucha estúpida, preséntase como si saliera de la tierra el mismísimo Cojo Luna en su cabello retinto, que, echándolo encima de un grupo, les gritó:

—¿Quieren agua, valederos? ¡No más digan!

Nadie le contestó. Los que se tambaleaban de ebrios pusieron derechos; los gritones enmudecieron, y poniendo halagüeña cara los más foscos, le contestaron humildemente:

—No, señor. Nuay nada. Andamos gustando porque vino una Señora y es fiesta. Los amos pagan.

—Bueno, muchachos—exclamó el Cojo Luna rayando el caballo—pero mucho orden y nos amanecemos. ¿Eh? Nada de gallazos, gritos, ni mitotes, porque aquí está el Cojo Luna que no mira pelo ni color. ¿Eh? Al primero que corte el atajo, lo cuelgo de un palo . . . ¡Y lo cumplo por mi madre, grandísimos . . . ¿Eh? ¡Conque estamos! . . .

Todo el mundo bocabajo, sin chistar. Veían al Jefe de la Acordada con odio; pero era más grande el miedo que les infundía.

Uno de los mejores frutos de la civilización es la policía. En las ciudades es culta y educada, según es educada y culta la población; en los montes es gritona, feroz y déspota, porque así son sus moradores. La policía es el ejército del porvenir y el único necesario á la humanidad. Dichosas serán las naciones cuando valga más un gendarme que un general de División.

Como los valientes dieran á sus mujeres con disimulo las armas que traían, el Cojo, que todo lo veía sin aparentar verlo, les dijo:

—Vayan á guardar sus fierros y no se valgan de las viejas. Al que se encuentre arma pa cuando me acabe este cigarro, ya sabe lo que le pasa. ¿Eh?

Y se bajó del caballo, dejándolo suelto y cubriendo la silla con las cantinas y estribos. El animal quedóse ahí, como si estuviera amarrado, azotándose las ancas con la cola, y alzando manos y patas. Mezcláronse también entre la gente los soldados del Cojo, y reinó la más franca amistad entre Montescos y Capeleros.

Cuando llegamos, la borrachera estaba en su período álgido, y sin embargo, nadie desentonaba. Los soldados de la Acordada, así como los revolcados rancheros de El Olivo, mezclábanse con los barreteros de todos los distritos, amontonándose en grandes discusiones, donde no se sabía de qué se trataba, pues diez hablaban á la vez y cada cual de sí propio, alabándose.

Era grande la feria. Había mucha gente del pueblo de San

José, así como de las haciendas y rancherías, todos los cuales acudieron presurosos al husmo de la fiesta, ya con mercancías, juegos, frutas ó simplemente por divertirse. En los flancos inmediatos de la montaña pastaban muchos burros y caballos con los aparejos y sillas en los lomos.

Los músicos, divididos, tocaban en diversos lugares varios sonos.

Las pocas chozas y casas que había convirtiéronse en centros de reunión, por cuyas bajas puertas entraban y salían continuamente hombres y viejas agachándose. Los muchachos, casi en cueros, pululaban por todas partes, ya pegados á las faldas de las madres, ya corriendo unos tras otros, ya tirados de barriga en el suelo con lo pies al aire.

En una enramada donde se repartía mezcal, colonche y pulque á pasto, una mesa desvencijada servía de mostrador, y sobre ella se amontonaban jícaras y cucharas de cuerno con miles de moscas encima. Una de las músicas cuyos filarmónicos estaban sentados sobre sus cobijas, daba ahí el gasto, ocupando la parte restante: los hombres puestos en pie, amontonados, hablando y fumando, y las mujeres amojonadas, muy juntas, sentadas como en los templos y con los rebozos en las cabezas.

Habían dejado un pequeño sendero libre para que llegasen hasta la mesa los que quisieran beber. Cuando la música tocaba algún estruendoso chisme, dos ó tres de los barretaros se acercaban á la mesa, pedían jícaras y cucharas con pulque, mezcal y hacían beber á las mujeres que, unas á otras, se pasaban los recipientes volteando las caras, que con la mano izquierda se cubrían. Los hombres también tomaban por tandas, aparte, sin hablarse los de sexo contrario para nada. Apenas terminaba la marcha ó polka, empezaban inmediatamente tres músicos distintos á afinar sus instrumentos, siempre destemplados, y que eran un violín muy ríspido, una flauta babosa y una *anega*, que es un

guitarrón panzudo y chato, el cual se toca con todas las uñas de los dedos apretados ó con un palo, de arriba á abajo.

Y comenzaban una canción en coro por tres mujeres, Las Puchas, famosas para ello y cuatro ó cinco hombres. Todos los presentes *hacían segunda* muy por lo bajo, pero con ruido de un ronco sordo, uniforme y profundo. El oír esos cantos desespera y entristece: ellas cantan en falsete, muy alto, con chillidos que igualan al violín, y ellos las siguen un poco menos, pero con la misma voz aflautada y dura. Los demás dan el fondo. Las canciones cuya letra es imposible entender, son ondulantes, largas, profundamente amargas y lloronas: lamentos dolorosos y muy tristes, de infinita resignación.

Parece que el canto indica una muerte próxima é inevitable, y no se oye una sola nota, no digo alegre, sino que indique solamente la más pequeña aspiración, el deseo más insignificante de vivir y gozar de la vida. Cuando he oído esos cantos, me figuro que son los mismos de los antiguos indios que veían perdidos sus dioses, sus tierras y su libertad, y me parece haber visto en ellos y ellas, cuando así cantan, en el fondo de sus pupilas, esa vaguedad y tristeza que ponen los historiadores en los ojos de las razas que se extinguen.

Contiguo á este teatro rústico de conciertos había un toldo de mantas, donde un hombre gordo, vestido de dril, manejaba una ruleta pesetera. Llamaba la atención en este sujeto sus blancos cabellos de un rubio deslavado, de oro pella, así como la blancura rosada y fofa de sus carnes. No se sabía de qué color eran sus ojos, pues siempre llevaba el sombrero sobre las cejas, y cuando alzaba la cara para ver al que iba á hablarle, arrugaba los mofletudos pómulos, abría la boca, frunciendo el labio superior, y entrecerrando los ojos como un mfope, dejaba al descubierto una línea apenas perceptible.

Era un albino á quien la luz molestaba mucho; decíanle por mote La Coneja Blanca, y nadie sabía de dónde era, pues hacía

poco se había establecido en San José. Era jugador de profesión, y los domingos y días festivos iba con sus útiles á la Plaza, donde juntaba muchos pesos y pesetas de los borrachos mineros. Malas lenguas decían que sus ruletas tenían trampa, y que sus barajas iban quebradas, recortadas ó con cera, pues sucedía lo de siempre: que los puntos perdían y el monte ganaba, lo cual sucede en todas partes. Moore, que era vicioso jugador, hubo vez que perdiera con La Coneja buenas cantidades y también todo su sueldo de cien pesos semanarios.

Rodeaban la mesa algunos rancheros, dos aurigas, un soldado de la Acordada y varios mineros, que eran los que jugaban.

—¡Casa chica!

En la Casa chica había un centavo huérfano; pero los números y los colores estaban llenos de pesetas, décimos, quintos y montones de centavos. Recogió el albino todo con su manota pecosa de vellos blancos y haciendo un gesto para vernos, dijo:

—Pasen ustedes, señoras, niños y caballeros; pasen ustedes á sentarse, á divertirse.

Los jugadores embozados que no nos habían visto, se hicieron á un lado, pero nosotros seguimos adelante. María Teresa vió el parche de los números con manifiestos deseos de probar fortuna, y Angela las hileras de los pesos, pesetas y tostones con admiración y codicia. Los chiquitines que gritaban para que los levantaran en brazos, chillaron después á grito pelado porque no les daban las bolitas de la ruedas. Cipriano se enfurruñó porque los muchachos lo ponían en *vergüenza* por *pidiches*, y si hubiese podido les dá nalgadas.

Había vendedores de charamuscas, pan, alfajores, cacahuates, y de tunas cardonas, blancas, amarillas, mansas, alfayuca, taponas, así como queso de tuna compuesto, en grandes panes.

De los brazos de un mezquite colgaban los cuartos de un borrego y sobre un tronco grasiento, macheteado, con coágulos de sangre, chicharrones de cochino que vendía una vieja sebosa, pe-

sándolos en unas balanzas rudimentarias, negras de suciedad, con hilos de cuerda ídem, siendo piedras las pesas.

Al encuentro nos salió el Santo. Un viejo flaco, hipócrita, de mirada escondida, con cabeza cuadrada de fanático testarudo, acompañado por dos viejas y una niña de diez años, paseaban la estampa de un Nazareno pintarrajado sobre una hoja de lata y encerrado en tosco nicho de verdosos vidrios, empañados por miles de labios devotos. La pintura espantaba y el santo prometía ser milagroso de puro feo. La niña lo llevaba con ambas manos sobre el pecho, y el viejo y las viejas hacían la propaganda ponderando los milagros que había hecho. No pedían dinero; pero el viejo gritaba:

—Ya se va Jesús. ¿No besan? . . . Ya se va Jesús . . . ¿No besan?

Muchos eran los que besaban y casi nadie de balde, pues el que menos echaba un centavo por una pequeña abertura que tenía el nicho al pie. La colecta debía ser siempre buena.

En un lugar donde el suelo estaba pisoneado y limpio de piedras, algunos jugaban á la *rayuela*, lo cual se hace tirando monedas á un círculo pequeño señalado entre dos curvas opuestas.

Un poco más adelante zumbaba el baile: allí estaba la mayor parte de la gente. Tres músicas casi juntas tocaban diversos sonnes y cada una tenía sus bailadores entre el barullo. Al mismo tiempo que en un grupo se bailaba una danza, en el otro un wals y en el siguiente una polka. Todo era brincar, alzando y sacudiendo los pies, para simular un ruido acompasado. El polvo se levantaba como neblina, pegándose en los sudorosos rostros de los bailadores. Ellos, con los sombreros sobre los ojos, con caras hoscas, las *cotorinas* anudadas á la cintura con el *patío* ó *cotence*, cuyas puntas colgaban por las sentaderas; ellas con los rebozos caídos sobre los hombros, escondidas las caras sobre el brazo derecho *del hombre*, muy serias. Ninguna pareja hablaba una sola palabra, y el baile, más que diversión, parecía una lucha tenaz ó un

trabajo muy pesado y molesto. Cuando se sentían sofocados y sin aliento de tanto brincar, paseaban lentamente con sus compañeras. Estas llevan la mano enganchada del brazo doblado *del hombre*, el cual la arrastraba como si la llevara á remolque, atrás, mientras se limpiaba el sudor con la mano izquierda, que sacudía, y después con la manga de la camisa. La compañera elegida al principio servía para dos ó tres horas. Cuando van por ella *pa valsar*, se agachan y la toman de las muñecas, estirándola con fuerza, y al terminar, rendidos ambos, le hacen una muda inclinación de cabeza apenas perceptible, y quitan el brazo para que se suelte.

Confundiéndose con el ruido de las *músicas de viento*, había un grupo de borrachines sentados en el suelo, formando rueda á unas botellas de mezcal y chorrera, los cuales con un guitarrón tenían fiesta aparte. Uno de ellos cantaba con chillona voz una tonada monótona, llorosa, con hipos, eructos y calderones de esquina á esquina.

El ruido sordo y pesado de varias tamboras nos hizo llegar hasta lo último de la Plaza. Tocaba una *charanga* de tres músicos, uno de ellos ciego, el director. Se bailaba jarabe sobre unos tabloncillos puestos sobre largos agujeros, que parecían sepulcros. Los talonazos de los bailarones sobre la tabla producían aquel ruido semejante á tamborazos; pero tan seco y profundo, que todos sentíamos el sonido en los estómagos. A intervalos, en el curso del jarabe, cuando llegaban á una parte suave, ella se aproximaba al compañero, retrocedía, y formando una curva ocupaba al fin el lugar de éste, el cual se cambiaba al opuesto, sin taloneos, pero con relamidos pasos.

Entonces el músico ciego cantaba, repitiendo mucho cada verso y á veces hasta los hemistiquios:

Un viejito por soplar
Se cayó en la chimenea;

¡Ah qué viejo tan conejo,
Si no se ha cáido, sopea!

Y seguía el baile en firme, de refresco, con una especie de diarina muy rápida, acompañada por el bailarón de continuo taloneo, dando vueltas, agachado, las manos en la espalda y el sombrero sobre los ojos. Ella se movía de un lado á otro, alzándose las enaguas y moviendo con rapidez los desnudos pies. El viejo ciego volvía á cantar:

Ya no voy á beber agua
Al pozo del'agua fría,
Porque le quebraron l'olla
A una prima hermana mía
¡Como era tan descuidada
Onde quera la ponía!

María Teresa, contentísima, reía de buena gana de los babosos versos, cuyo sentido canallesco no comprendía. Juanillo y Lucía, bailaban uno frente á otro. Rosa Elena, sonriéndose, y con ojos muy abiertos en dirección á la Sierra, viendo sin ver, pensaba en cosas muy diferentes; y Luis, con mirada de infinita ternura, la contemplaba de perfil amorosamente.

El ciego, que fué advertido de nuestra presencia, volvió á cantar:

En el claro de la luna
Pisa bien y no resbales;
Ya nuhay ventaja ninguna,
Los dos quedamos iguales.
¡Yo ya me comí la tuna,
Revienten con los nopales!

La negra nube que nos cubría del sol se rasgó de improviso,

y el polvo brillante, alzándose muy alto, semejaba una lluvia fina de pequeños cristales, envolviendo la abigarrada muchedumbre. Cuando nos encaminábamos para la mina, pasando junto á unos *carcamanes* rodeados de peones y muchachos, acercóse á nosotros Eduardo González, todavía en traje de ceremonia y poniéndose muy colorado, nos dijo:

—Dice el señor don José que si tienen la bondá de pasar.

—¿A dónde?—le pregunté.

—Allí, en ca ña Rita. Hay monte.

Vacilaba yo, temeroso de ir á encontrar una caterva de borrachones impertinentes; pero María Teresa y Moore, hablando y riendo, se encaminaron á la casa de Doña Rita. Como atravesáramos por un lugar donde habían tirado bastante agua con desechos de la matanza, Rosa Eleña, que iba un poco adelante de nosotros, alzóse la falda, mostrando inconscientemente una de las mayores bellezas y atractivos de toda mujer elegante: los delgados pies aristocráticos, prisioneros en artísticas zapatillas de charol de aguzada punta, sujetas sobre el empeine, visible en parte, por anchas cintas de moaré cambiante en forma de lazo; y el arranque soberano de dos curvas seductoras ascendentes, modelando una magistral pantorrilla cubierta por restirada media negra de pequeños calados. Las líneas admirables y puras de la forma soberana, se perdían jugueteando entre un oleaje de encajes blancos y lilas de las faldas crugientes de seda.

La casa de Doña Rita era un jacalón de tejamanil con una cocina de zacate recargada en una de las cabeceras. En una de estas cabeceras, por dentro, sobre una mesa que no se veía, cubierta de gasas, trapos, papeles, algodones escarmenados simulando nubes, cromos chillones, velas, flores y frutas, había un altar con el Santo Niño de Atocha en el centro, dentro de un marco de hojalata. A un lado del altar, en el rincón, había sillas de montar, aparejos de burros, zapatos deslustrados colgando de las orejas, jarrros, ollas, platos de colores, todo esto extendiéndose por techos

y paredes entre estampas milagrosas, fototipias de cigarros y calendarios de comercio con mujeres en diversas posturas. Ocupaba el extremo opuesto al altar una cama de carrizos sobre puntales de gruesas ramas, habiendo debajo herramientas de labranza y minería. En el centro, sobre una mesa borracha, había varias hileras de pesos, billetes, y rodeándola, los jugadores, sentados en bancas y sillas. Don José, con un Monte-burlote de trescientos pesos, tallaba, echando albures hilvanados. Los puntos eran todos los caballeros conocidos ya del lector, más el Cojo Luna, Secundino, el francés Don Luis About, que sirvió de cocinero, y el administrador de la hacienda de Río Grande, Don Candelario Reyes, un charrote muy meloso, intratable de puro ceremonioso y muy mal educado.

Aunque estaban bastante borrachos y gritones, cuando entramos con ellas, todos se pusieron en pie, menos Don José, recogiendo sus dineros y con las orejas congestionadas.

La mesa se movió con tal violencia para un lado, que bailaron varias botellas y copas que había en el centro.

He visto en la feria de San Marcos en Aguascalientes, en salones especiales, rodeadas las mesas de juego por hermosas señoras y señoritas que van á esa fiesta de las Capitales de los Estados vecinos. El golpe de vista es soberbio: las plumas y flores de los sombreros se mueven al compás de las manos del tallador, y los adornos de sus trajes elegantes sobre el denigrado tapete verde semeja un bordado policromo. Cuando está corriendo el albur, las pupilas al dilatarse parece que agrandan los ojos; las rojas bocas entreabiertas tiemblan, palideciendo, ó se ven oprimidos los labios por dientes pequeños; las manos temblorosas juegan con las monedas inconscientemente, y cuando la carta aparece hay movimiento general de faldas y sombreros; caras rojas y muy pálidas; ojos risueños con lágrimas capilarizadas en los párpados y el violento palpitar de los emocionados corazoncitos que las abo-

gan, cuchicheos vehementes, entrecortados, que apenas se perciben entre las notas de la orquesta reglamentaria y el titinar de las monedas.

La mujer, por lo general, es jugadora *pur sagn*.

Cada peso que juega lleva encima toda una historia de ahorros y sacrificios pequeños y otra de proyectos.

María Teresa y Moore hicieron una *vaca* de cuatro pesos, la cual jugaba ella, contentísima y con mal disimulada precipitación.

Los borrachines, caballeros y charros, no quisieron ocupar los asientos vacíos, á excepción de Cipriano y Don Pablo González El Mono, que al fin se sentaron en el filo de un banco.

—Cuatro y rey—dijo el español.

María Teresa puso dos pesos al cuatro y las apuestas se amontonaron, ya en una, ya en otra de las cartas.

—Siete y as—añadió el tallador, extendiendo el segundo debajo del primero.

María Teresa puso los otros dos pesos al siete, y cuando Don José iba á tender los siguientes albures jugando ya los primeros, Luis dijo:

—¡Un momento, Don Pepe! . . . ¡jugamos!

Era otra *vaca*, pero más gorda. Rosa Elena puso en el as tres pesos.

—¡Correl

Ví á mi compañera: con los ojos devoraba cartas y dinero. Díjele que si jugábamos como los demás; pero ella, con los ojos sobre las cartas, movió la cabeza en sentido negativo, con cierto dejo de tristeza. Saqué cinco pesos, lo que traía, y puse tres al siete y dos al rey. Todavía antes de salir alguna de las cartas deseadas, el montero acomodó dos albures más. María Teresa, nerviosa, se agitaba continuamente; Rosa Elena sonreía y Angela poníase pálida.

Vino el cuatro. Angela me dió un codazo, sin intención, en

rápido estremecimiento, como si hubiera recibido una chispa eléctrica, y María Teresa aplaudió. Moore estaba contentísimo.

Después de varias cartas salieron los otros albures, los cuales remendaba el español, para nuevas apuestas, con las cartas vírgenes.

Al último salió el siete. Angela respiró.

—Se gana un peso—dije á ésta, que reaccionaba apenas.— Yo estoy incierto; juegue usted y será afortunada.

Ella aceptó, vacilando un poco. Desde ese momento el juego fué muy reñido, con alzas y bajas para los puntos. El entusiasmo de María Teresa y la suerte desmedida de mi compañera, animaron á la comunidad, que empezó á soltar la lengua, pero sin desafinar.

Terminada la cuarta tanda, bien hilvanada por cierto, Angela y María Teresa tenían más de treinta y veinte pesos respectivamente. Rosa Elena y Luis perdían todo alegremente con los ojos llenos de luz y felicidad. Las dos primeras estaban irritadísimas por el calor del cartón y por lo reducido de la estancia. Afuera, las músicas sonaban desesperadamente, y dos gritones por allí cerca, anunciaban peleas de gallos. Dos botellas de champagne que trajo Cosme á todo correr, llegaron oportunamente pues estaba muy fresca, y ellas bebieron con deleite.

El poeta tuerto que estaba allí, de pie, y que ni jugaba, ni bebía, ni había comido, ni pensaba en otra cosa sino en sus *ésitos* que refería cien veces á quien quería oírlo, dijo de pronto:

—¡Pido la palabra!

Todos lo vieron con sorpresa. El español, que barajaba, con su brutalidad de chispa, le contestó:

—¡Qué palabra ni qué ocho cuartos!

—Seré breve . . . Pido la pala . . . — insistió el desventurado Don Patricio, no queriendo creer en su impertinencia. Lo aturdieron á improperios.

—¡Cállate l'hocico!

- ¡Pueta burro!
 —¡Mamarrachero idiota!
 —¡Anda al arroyo!
 —¡Que te saque l'Acordada!
 —¡Ya aburres!
 —¡Echenlo fuera! ¡¡¡Fuera!!!

El desengaño del infeliz fué grande é inesperado. Cayó cuando tocaba la gloria con ambos manos y cuando creía ser inmortal. Pálido verdoso, violáceo, con la cara alargada, opaco el ojo de águila, fué retrocediendo poco á poco, y cuando ya no se ocuparon en él, atraídos por el juego, sentóse en la cama de carrizos, deshecho, anonadado, hundido en la nada.

El rudo golpe que recibiera hizolo ver por un momento la verdad de la mentira, y lo que más le hirió fué la propia conciencia de su estupidez revelada en un momento.

X

La señora Condesa tenía una cara capaz de espantar al miedo. Ronca la voz, hinchados los carrillos y párpados, los ojos sanguinolentos, más que de *dormir la mona*, parecía salir del gabinete dental de un Doctor yankee, donde sin dolor, le hubieran extraído hasta las muelas del juicio.

Iguales caras, ó peores, tenían doña Pilar Barajas y Doña Ramona Vilchi de Castillo Contreras. Las jóvenes parecían convalecientes que se levantaran de una penosa enfermedad, y la depresión era tan grande en todas, que se movían con lentitud y sólo hablaban lo muy necesario con acento desfallecido.

Todos temíamos que fuese aquel el momento decisivo, el de la crisis, pues dado el número de circunstancias chuscas y gro-

seras para ser comprendidas y el estado de ánimo en que la ilustre señora se encontraba, razón había para temer un desenlace violento y agrio.

Rosa Elena, Moore y yo, así lo juzgamos sin decírnoslo, lo mismo que Luis por intuición de exquisita sensibilidad. En cambio Angela nada temió, por no alcanzar á ver lejos su inteligencia miope. María Teresa, que todo lo encontraba natural en pudiendo hacerlo y que jamás se preocupaba por detalles, considerando las acciones como medios para un fin único, cual es el de satisfacer cada cual su deseo, con la mayor naturalidad del mundo, airosa y alegre, con alegría ruidosa y desbordante, desprendióse del brazo de Moore y acercándose á su madre, le dió en las mejillas estruendosos besos, hasta aturdira.

Luis vacilaba con el temor en el corazón y la vergüenza en la piel; pero Rosa Elena, muy superior, supo como siempre, salvar la situación con su gran cualidad, el tacto. Besó también á Doña Gertrudis, pero de diversa manera que su hermana, esto es, con tales mimos delicados y tal gracia, sugestionándola como á todos con su irresistible atractivo, que la vieja la vió un momento con dulzura. Contóle luego con sencillez, á grandes rasgos, todo lo que había visto, elogiando nuestra caballerosidad de una manera delicada. Enseñóle las fotografías regaladas por Moore, las que Doña Gertrudis apenas se dignó ver de soslayo; pero al sacar las tres los estuches japoneses, mostrando orgullosas lo que dentro había, todas se rodearon preguntando, hablando y queriendo palpar las finas telas. La Condesa, sin embargo, permanecía amojonada, sin revelar el más leve pensamiento en favor ó en contra, como si observase, con las facciones apergaminadas y secas, los labios contraídos, la mirada hosca. Entonces Rosa Elena les preguntó á su hermanita Gertrudis y á Doña Ramona, que estaban junto á ella con la tela de seda en las manos:

—¿Está indispueta mamá? ¿Qué tiene?

—Jaqueca y malestar pero pasará — contestó la dama